

Carlos Guillermo Montero Picado.
Arte costarricense: 1897-1971.
San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad
de Costa Rica. 2015.

Edgar Mauricio Ulloa Molina
Universidad de Costa Rica
edgar.ulloamolina@ucr.ac.cr

En la década de 1970 el importante artista costarricense, Francisco Amighetti, fundó la carrera de Historia del arte en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Costa Rica. El profesor Guillermo Montero Picado, *Willy*, discípulo de don *Paco*, fue el primer graduado de esta joven carrera. Tras estudiar en el extranjero en Inglaterra y España, se consagró a la enseñanza de la historia del arte en la Universidad de Costa Rica. Por añadidura, ha tenido en sus manos la responsabilidad de formar a la mayoría de los historiadores del arte de nuestro país. Son, luego, muchas las generaciones que tenemos una deuda significativa con él.

A pesar del interés del profesor Montero en diversos períodos del arte occidental, tales como el Renacimiento y la Edad Media, amen del arte del siglo XIX (“Del realismo al modernismo” se intitula uno de sus más

caros cursos), su gran pasión ha sido siempre el arte costarricense del siglo XX. De manera tal que su carrera académica se ha consagrado, en particular, a su investigación y enseñanza, con el objetivo de profundizar y mejorar los contenidos del curso de Arte costarricense, el cual se dicta todos los semestres en la Universidad de Costa Rica y forma, asimismo, parte de la oferta de los cursos de repertorio de la Escuela de Artes Plásticas, por lo que ha estado abierto a todos los estudiantes de la Universidad y no solamente a los alumnos de dicha Escuela.

De forma tal, que el libro que hoy hemos tenido el gusto y honor de presentar es el resultado de un proceso ininterrumpido de investigación de muchas décadas. Sin embargo, el profesor Guillermo Montero ha renunciado conscientemente a realizar un libro de carácter técnico y erudito, complicado

■ Documentos y testimonios

Reseñas

por un extenso aparato crítico, apto únicamente para especialistas y se ha preocupado, en cambio, por presentarnos un libro en el que las líneas generales de desarrollo del arte costarricense son presentadas en grandes pinceladas que dan una visión panorámica de los procesos que han conformado la fisonomía particular de los hitos artísticos en Costa Rica. En consecuencia, el público en capacidad de disfrutar de su narración es mucho mayor. A la vez, el texto hace explícito aquellas rutas de investigación que valdría la pena perseguir ulteriormente.

Por lo tanto, esta publicación de la Editorial de la Universidad de Costa Rica está llamada a cumplir al menos tres propósitos.

En primer lugar, los futuros discentes del curso de Arte costarricense agradecerán tener en sus manos una guía sintética y diáfana de los contenidos esenciales del curso, la cual les permita orientarse durante el desarrollo de las clases por los meandros de la historia que conforman el arte costarricense. Así, en tanto libro de texto, esta publicación llenará un vacío importante en la bibliografía del curso.

En segundo lugar, el libro ha de servir como un *ars memorativa* para aquellos que hemos tenido la suerte de haber sido sus alumnos en dicho curso. Así, la secuencia de sus páginas ha de funcionar como un recorrido

mental por los contenidos esenciales de las clases de *Willy* y de su personalidad.

En tercer lugar, por sus características, el libro se presenta como una introducción ideal al arte costarricense para nóveles lectores interesados en el tema que no posean mayores conocimientos previos sobre el mismo.

Debemos, luego, estar agradecidos porque quien ha dedicado buena parte de su vida a estos problemas, haya decidido no solo transmitir sus conocimientos en el salón de clases, sino dejarlos por escrito para alcanzar un público más vasto.

Debe resaltarse que se realizó un importante esfuerzo por ilustrar copiosamente el texto con reproducciones de alta calidad de una buena cantidad de las obras de arte estudiadas. Por su parte, el diseño gráfico y la diagramación estuvieron a cargo de la profesora de la Escuela de Artes Plásticas, Eugenia Picado Maykall, quien realizó una exquisita labor que permite una agradable lectura del libro, a la vez que facilita la comprensión de la relación estrecha existente entre texto e imágenes.

Los capítulos del libro inician con un epígrafe relativo al contenido del mismo, le sigue la exposición del desarrollo histórico al que está consagrado e, idénticamente, todos los capítulos terminan con un comentario de

una o más obras representativas de la temática que se trató en las páginas anteriores.

Por su parte, Los contenidos del libro *Arte costarricense. 1897-1971*, están presentados de forma cronológica general, sin embargo, sus capítulos están organizados por consideraciones temáticas.

Así, el primer capítulo, “El umbral de la historia”, está consagrado a los proyectos artísticos del estado liberal durante el final del siglo XIX y principios del XX, entre los que se encuentran el monumento a Juan Santamaría, el Teatro Nacional y la fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, así como a la obra de don Tomás Povedano y Enrique Echandi.

El segundo capítulo, “La gráfica como antecedente y síntoma de la modernidad” se ocupa del importante papel que jugó el dibujo y el grabado durante las décadas de 1920 y 1930 en la historia del arte nacional. Sobresalen en este proceso, el álbum de dibujos de Francisco Amighetti, la publicación, en 1934, del *Álbum de Grabados* y las hermosas ilustraciones de Juan Manuel Sánchez para los libros de María Isabel Carvajal, Carmen Lyra.

El desarrollo y las polémicas suscitadas durante las Exposiciones Nacionales de Artes Plásticas (1928-1937) son los ejes mediante los cuales se organiza el tercer capítulo del libro. En esta sección la llamada “Generación

de los 30” posee un papel protagónico. Sobresalen en este caso, la disputa en torno a la pintura *Venta de negros* de Manuel de la Cruz González, aquella respecto de la *Maternidad* de Francisco Zúñiga, y el tema de la casa de adobe, a través de Teodorico Quirós y Fausto Pacheco, particularmente.

Por su parte, el cuarto capítulo, “Max Jiménez y Francisco Amighetti: expresionismo y mural”, trata del desarrollo de la obra de Max Jiménez y de la introducción de la técnica tradicional de la decoración parietal al fresco en Costa Rica, a través de Francisco Amighetti, quien aprendió la técnica en México, donde esta se había consolidado gracias al Muralismo mexicano.

El ingreso y la consolidación de la pintura abstracta en Costa Rica, desde 1958, con las exposiciones en el Teatro Nacional de Manuel de la Cruz González, *Rafa* Fernández y *Lola* Fernández, es el tema del que se ocupa el quinto capítulo, “Manuel de la Cruz González y el Grupo 8”.

A su vez, el sexto y último capítulo se dedica a estudiar a los artistas costarricenses que participaron en la Primera Bienal Centroamericana de Pintura, tanto aquellos en concurso como los invitados al Salón de Honor. La Bienal fue convocada por el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) y coincidió con la inauguración

■ Documentos y testimonios

Reseñas

del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional. Este transcendental evento, el cual poseía un importante jurado internacional que incluía a la polémica crítica de arte colombo-argentina Marta Traba Taín, tuvo como resultado una desaceleración del desarrollo del arte abstracto iniciado una década antes y, a contrapelo, una potencialización de la neofiguración. Los protagonistas de este capítulo son: *Lola* Fernández, Manuel de la Cruz González y la cromoxilografía de Francisco Amighetti.

Este libro, panorama comprensivo de la historia del arte en nuestro país durante buena parte del siglo anterior, posee una vocación didáctica fundamental y será provechoso para diversos tipos de lectores, los cuales se sentirán, además, interpelados por su ameno verbo.

Debemos celebrar, entonces, la publicación, por parte de la Editorial de la Universidad de Costa Rica, de un libro más que se suma a la bibliografía sobre arte costarricense por la mano de uno de sus mayores conocedores.